

4. ¿ES POSIBLE AMAR EL ENEMIGO?

24 de Enero de 2015

Estudio de la Semana: Mateo 5:43-48

Pr. Vaner Joel Mombach

TEXTO BÁSICO:

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”. (Mt 5:43-44)

INTRODUCCIÓN

El Sermón del Monte es el más importante de los discursos de Cristo. Aquí es donde nuestro Señor y Maestro presenta al mundo la naturaleza de su reino, que no es de este mundo (Ju 18:36). Es un reino de naturaleza diversa de este planeta pervertido por el pecado. Es un reino espiritual, y los que quieren hacer parte de ello deben ser espirituales. Así que seguir las enseñanzas que Jesús dio en este sermón es un requisito obligatorio, sin posibilidad de excepciones. Por tratarse de orientaciones espirituales, las mismas son difíciles de ponerse en práctica por seres con naturaleza caída. Por tanto, podemos concluir que sólo es posible vivir de acuerdo a los preceptos de Cristo, si somos transformados por el Espíritu Santo en hombres y mujeres espirituales. Sólo entonces podremos tener nuestra vida moldeada a la semejanza del Salvador.

Esta semana examinaremos una de las más famosas órdenes de Jesús, en su sermón: amar a nuestros enemigos y orar por los que nos persiguen (v. 44). ¿Es posible llevar a cabo acciones tan contrarias a nuestra voluntad pecaminosa? La respuesta es sí. A muchos les resulta imposible amar sus enemigos y orar por ellos, pero el Señor lo requiere de todos sus seguidores. Si queremos ser hijos del Padre celestial, debemos dejar nuestro orgullo de lado, como nuestros prejuicios, y tratar de saber más sobre el maravilloso mandamiento del amor dejado por Jesús.

EL PELIGRO DE LA TRADICIÓN

Después de que los judíos regresaron de Babilonia, los líderes religiosos se preocuparon en no permitir que los errores que los llevaron al cautiverio volvieran a repetirse. Y una de las medidas adoptadas para frenar la posibilidad de idolatría y transgresión de la ley fue la creación de un grupo de estudiosos responsables de la interpretación de la Ley de Moisés, y que transmitían sus interpretaciones al pueblo laico. Estas actitudes tuvieron un resultado positivo en la época, ya que la mayoría del pueblo judío nunca más se involucró con la idolatría. Pero esto resultó por crear la semilla de lo que vendría a ser la religión legalista de los días de Jesús.

A través de los años, los intérpretes comenzaron a preocuparse no más con el espíritu de la Ley, pero sí con la letra fría. Sus interminables discusiones acerca de cómo se debería dar cumplimiento de las leyes mosaicas crearon una lista de deberes que no tenían nada que ver con lo que Dios les había ordenado. Estas tradiciones oscurecieron la imagen de Dios entre los judíos, desde los más comunes del pueblo hasta la mayoría de los sabios estudiosos de la Ley, y todos fueron

esclavizados por los preceptos legalistas que ellos mismos habían creado. Sin la esencia de la Ley, que es amor, las tradiciones rabínicas alejaron las personas de Dios, tornándolas meras cumplidoras de reglas.

Entre las innumerables reglas creadas por los rabinos había una que exigía el amor al prójimo, sino que daba libertad para odiar a aquellos que eran considerados enemigos. Siendo así, era posible odiar a cualquier persona del pueblo, desde que esta persona no fuera considerada prójima. En otras palabras, los judíos estaban libres para demostrar su amor sólo para sus familiares y amigos más cercanos.

Esta interpretación rabínica suscitó a un acalorado debate acerca de quién sería el prójimo, es decir, quién debería ser amado y quien podría ser, eventualmente, odiado. Esta cuestión fue llevada al Señor Jesús (Lc 10:25-29). Los fariseos querían saber su opinión acerca de quién sería el próximo, pero sólo con la intención de ponerlo a prueba, no para aprender de ello. Sin embargo, el Señor no dejó lugar a dudas al enseñar que nuestro prójimo es cualquier persona a la que estemos en disposición de ayudar (Lc 10:30-37).

Vía de regla, algunas tradiciones se crean sobre la base de las Sagradas Escrituras. Y esta era una de ellas. El mandamiento: **“Amarás a tu prójimo”** se encuentra en Levítico 19:18, pero en ninguna del Antiguo Testamento se dice explícitamente: **“Y aborrecerás a tu enemigo”**.¹ Es cierto que hay pasajes que fomentan la hostilidad y la venganza como, por ejemplo, el mandato divino dado a Israel para destruir a los cananeos que habitaban la tierra prometida. Y el hecho de que Dios ordenó el exterminio de algunas naciones, para que Israel tomase posesión de la herencia, era utilizado como argumento para la interpretación rabínica. Si el enemigo debería ser destruido, entonces no debería ser amado. Más bien, debería ser odiado. Debido a esto, los judíos consideraban todos los demás pueblos como enemigos y dignos de toda su aversión. Por tanto, el mandamiento del amor al prójimo se entendería por un judío como amar a otro judío. El fariseo, posiblemente restringiría el “prójimo” a otro fariseo, tanto es así que ellos mismos se llamaban *haberim*, es decir, “prójimos”.²

Como pueblo cristiano, debemos tomar cuidado para no dejar que las tradiciones y las malas interpretaciones bíblicas oscurezcan nuestra comprensión de la Palabra de Dios. Es muy fácil de seguir las costumbres, sobre todo las que ya están establecidas por la iglesia, y olvidar lo que significa: **“Misericordia quiero, y no sacrificio”** (Mt 9:13).

AMOR A LOS ENEMIGOS

Jesús dijo a los que le estaban escuchando: **“Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”** (v. 44). Sin duda estas palabras causaron asombro y admiración. Era lo contrario de lo que hasta entonces habían aprendido de sus

¹ El Manual de Disciplina de Qumran (I, 4,10) ordena amor por todos “aquellos a quien Dios ha elegido”, y odio a todos los que rechazó, incluso “todos los hijos de las tinieblas”.

² STAGG, Frank. Mateus. In: ALLEN, Clifton J. *Comentário bíblico Broadman*: Novo Testamento, v. 8. 3. ed. Rio de Janeiro: JUERP, 1986, p. 147.

líderes religiosos. Atacaba el orgullo humano, colocaba por suelo el egoísmo y devastaba la idea de superioridad racial. Este mandamiento era un fuego abrasador en las pretensiones patrióticas de la nación, ya que tendrían que amar incluso a los romanos.

Jesús no permitió el casuismo. El verdadero sentido de la Ley es el amor abundante, costoso y extensivo incluso a los enemigos. Y una manifestación de amor a los enemigos sería la oración. Orar por un enemigo y amarlo probaría un esfuerzo mutuo. Cuanto más ama, más ora; cuanto más ora, más ama.³

Así pues Jesús contradijo aquella adición bruta que ellos habían hecho como distorsión de la Ley, diciéndoles: **“Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos”** (v. 44). Nuestro prójimo, como más tarde ilustró con tanta claridad en la parábola del buen samaritano (Lc 10: 29-37), no es necesariamente un miembro de nuestra propia raza, rango o religión. Puede incluso no tener ninguna relación con nosotros. Nuestro “prójimo”, en el vocabulario de Dios, incluye a nuestro enemigo. Lo que lo constituye en nuestro prójimo es simplemente que es un congénere en necesidad, cuya necesidad conocemos y estamos en alguna medida en condiciones de aliviar.⁴

El mandamiento de amar a Dios y al prójimo no era novedad para los judíos. Estaba descrito en las enseñanzas de Moisés (Dt 6:5; Lv 19:18). Cristo dijo que de estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas (Mt 22:40). No es casualidad que el apóstol Pablo dice que el cumplimiento de la Ley es el amor (Rm 13:10). Pero este mandamiento es ajeno al hombre carnal. El mundo nos enseña a odiar a los que nos hacen daño, a explotar a nuestro semejante, para alcanzar beneficios personales. El mundo dice que debemos pasar sobre los otros si queremos tener poder y prestigio. Claramente dice que el camino hacia el éxito es perseguir, abusar, imponerse como el más importante, no perdonar, tratar de tomar ventaja en todo. Sin embargo, Dios nos llama a ser diferentes del mundo en que vivimos. Esto significa caminar en el contramano de las costumbres de la sociedad, que no es fácil. Sólo con el poder de Dios podemos movernos en esa dirección. Sin ese poder nada nos va a diferenciar de los incrédulos.

AMOR SIN ACEPCIÓN

Los cristianos son considerados como hijos de Dios cuando **encarnan** su amor (v. 45). Y Él no hace acepción de personas. Para Él, todos los seres humanos son obras únicas de sus manos. El amor de Dios no discrimina, pero se derrama sobre todos por igual. Jesús dijo que nuestro **“Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”** (v. 45). El amor divino es indiscriminado, para los que son buenos y malos, sin distinción. Este es el tipo de amor que el Señor requiere de todos sus hijos. Y Él desea que sigamos su ejemplo.

Dios derrama sus bendiciones sobre buenos y malos. Él da vida a los dignos e indignos. Si los que reciben su favor le darán el debido reconocimiento, es otra

³ CARSON, D. A. *O comentário de Mateus*. São Paulo: Shedd Publicações, 2010, pp. 195-196.

⁴ STOTT, John R. W. *Contracultura cristiana: el mensaje del Sermón del Monte*. Barcelona: Ediciones Certeza Unida, 1998, p. 134.

cuestión. Así también debemos tratar a los que nos rodean. Esta actitud es para que el mundo sepa que somos hijos del Padre Celestial.

Jesús dice: **“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?”** (v. 46). ¿Cuál sería el crédito? **“Porque también los pecadores aman a los que los aman”** (Lc 6:32). El hombre caído no es incapaz de amar. Por tanto, amar a los que consideramos digno de recibir nuestro favor no nos torna hijos de Dios, porque incluso los impíos actúan de esta manera con relación a los que los favorecen. Practican buenas acciones por interés o cierto grado de gratitud egoísta. Debemos hacer el bien sin esperar nada a cambio.

Muchas personas se intitulan cristianas, pero no vemos en estas personas los frutos de esta profesión de fe. Se ha dicho que si los cristianos colocasen en práctica las enseñanzas del Sermón del Monte harían que nuestro planeta se tornase en un anticipo del Cielo. Imagine un mundo donde las personas, en lugar de buscar de ser servidas, sirviesen; y no sólo buscasen su propio beneficio, pero practicasen obras desinteresadas; un mundo donde todos pagasen mal por bien. ¿Es posible imaginar ese mundo aquí? Muy difícil. Pero si todos los que se dicen cristianos practicasen este tipo de amor, entonces este sería el tipo de mundo que tendríamos.

¿El amor es común en nuestras iglesias? ¿En la iglesia amamos a todos como enseña Cristo? ¿O aquellos que son débiles en la fe, que causan problemas, que son quejosos, que cometen pecados, que traen tristeza al cuerpo de Cristo son ignorados, abandonados y dejados a su propia suerte? Infelizmente, es más fácil amar a los que se dedican a la causa del Señor que los que a menudo nos decepcionan, nos entristecen o no cumplen con nuestras expectativas. Pero Dios requiere que amemos a esos también.

Mahatma Gandhi dijo: “Si los cristianos vivieran su cristianismo, yo sería cristiano”. Este hombre es admirado en todo el mundo como uno que enfrentó a un imperio sin violencia. Y este mismo hombre sufrió en la carne el prejuicio y la falta de amor de los ingleses que decían ser cristianos. Fue humillado, arrestado y amenazado de muerte sólo porque él buscaba la igualdad entre los hombres. ¿Qué tipo de cristianismo estos cristianos profesos enseñaron a Gandhi, un hindú? Estos tendrán que dar cuenta ante Dios. Y nosotros, en nuestra vida diaria, ¿actuamos diferente a ellos o practicamos los mismos pecados de omisión y desprecio por el prójimo? Necesitamos mostrar el fruto del cristianismo y esto viene a través del amor incondicional a los que, a nuestros ojos, son despreciables, arrogantes e indignos.

Amar a los que nos aman, que hacen parte de nuestro círculo de amigos o nuestra familia no sirve como señal de que hemos sido transformados a la imagen de Dios. Cristo dice que incluso los publicanos y gentiles hacen lo mismo (vv. 46-47). La pregunta que Jesús hizo es: **“¿Qué hacéis de más?”** (v. 47). Esta simple palabra “más” es la quinta esencia de lo que él dice. No basta a los cristianos asemejarse a los no cristianos; nuestro llamado es a aventajados en virtud. Nuestra justicia debe ser mayor que la de los fariseos (v. 20), y nuestro amor debe aventajar, es decir, ser mayor que el de los gentiles (v. 47).⁵

⁵ STOTT, John R. W. *Op. cit.*, p. 138.

SER PERFECTO COMO DIOS

La manera como Jesús concluye esta parte del Sermón del Monte es impresionante. Él lleva sus oyentes a una posible solución para todo que les había enseñado, diciendo: “**Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto**” (v. 48). Esto también estaba en consonancia con la Ley: “**Perfecto serás delante Jehová tu Dios**” (Dt 18:13). He aquí una exigencia de Cristo, que parece ser insuperable. ¿Cómo es posible que un hombre pecador sea perfecto como Dios?

Una lectura rápida del texto bíblico puede hacer que alguien piense que Jesús estaba enseñando alguna forma de legalismo y orientando a sus seguidores a obedecer la Ley para ser perfecto ante Dios. Nada podría estar más lejos de la verdad. La perfección requerida por Jesús no es el legalismo de los fariseos, sino una comprensión más profunda y radical de la intención de la Ley. De hecho, este requisito del Señor no es más que una conclusión del discurso anterior, en el que Dios se presenta como quien derrama bendiciones sobre los buenos y malos, justos y pecadores.⁶

Si Jesús realmente estuviera dirigiendo a sus seguidores a ser perfectos con base en algo que fuera posible de ser hecho por el hombre, seríamos los más miserables de las criaturas, porque llevaríamos toda una vida intentando lograr esa perfección y nunca la conseguiríamos.

El modelo que Jesús coloca ante nosotros como alternativa del mundo alrededor es que el Padre está por encima de nosotros. Considerando que Él es bondadoso con el malo y bueno, sus hijos también deben ser.

El mundo ve la perfección cuando somos buenos cumplidores de las normas, leyes y reglamentos, haciendo todo lo correcto, todo cierto, sin errores. Sin embargo, la orden “**sed, pues, perfectos**” debe ser entendida en el contexto del amor perfecto de Dios. Así como el amor de Dios es completo, sin omitir ningún grupo, así el hijo de Dios debe luchar por la madurez en este asunto (cf. Ef 5:1-2).

CONCLUSIÓN

La perfección de Dios se centra en su carácter, que es el amor. Esto le hace mantener una relación muy estrecha con la humanidad, aun estando en pecado y rebelión. Siendo así, el Señor no se espera menos del hombre.

⁶ STAGG, Frank. Mateus. *Op. cit.*, p. 147.

Jesús dejó claro que **debemos** demostrar el amor de Dios a los demás. **Amar a los** enemigos no es una opción, sino una condición. Quién dice **ser de Cristo** debe andar como él anduvo (1Ju 2:6). Él nos dejó un ejemplo. Cuando dice que debemos amar y perdonar los enemigos, no está pidiendo **lo que él no hizo**. Cuando **lo vemos** en la cruz en agonía insoportable orando al Padre, **“perdónalos porque no saben lo que hacen”**, nuestro Salvador no deja lugar a dudas acerca de lo que significa amar a los que nos persiguen y **bendecir** a los que nos maldicen. Entonces, concluimos con las palabras de San Juan: **“Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad”**(1Ju 3:18).

PREGUNTAS PARA DEBATE EN CLASE

1. Prácticamente todas las denominaciones religiosas fueron influenciadas por cuestiones culturales cuando fueron creadas. ¿Cómo podemos prevenir que las costumbres creadas en nuestras iglesias locales puedan convertirse en una barrera entre nosotros y Dios?
2. Es natural que formemos grupos de afinidad en el trabajo, en la escuela, con los vecinos e incluso en la iglesia. Pero, ¿es posible que tales grupos puedan impedirnos de dar atención a otras personas que no pertenecen a ellos? ¿Cómo podemos tener nuestros grupos de amistad y todavía estar listos para ampliar nuestro círculo de amigos, demostrando que todos son importantes para nosotros?
3. ¿Cómo podemos amar a nuestro prójimo en un mundo muy competitivo donde somos a menudo pisoteados por otros que solo buscan sus intereses personales y no el ser humano?
4. ¿Mis vecinos, amigos, compañeros de trabajo y universidad y familiares han notado un cambio significativo en mi vida después de mi entrega personal a Dios? ¿He actuado con el fin de presentar el amor de Dios a los de mi esfera de influencia?
5. ¿Es posible la humanidad demostrar el amor sin Dios? ¿En los países altamente desarrollados, como los países nórdicos, donde prácticamente no hay miseria, pero donde la creencia en el Señor mucho ha disminuido, esa clase de amor no se encuentra? Si no, ¿qué clase de amor que encontramos allí, ya que la justicia social es parte de su vida diaria?
6. ¿Cuál es el sentido de que Jesús está dando a la declaración: **“Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre que está en los cielos”**? ¿Es posible alcanzar la perfección de Dios aquí en la tierra? ¿Buscar la perfección de Dios no sería una especie de legalismo?

7. Hay muchas denominaciones cristianas en nuestro país. ¿Cómo debe nuestra relación con estos hermanos? ¿No corremos el riesgo de amar más a los de nuestra fe y olvidar que con Dios sólo hay una Iglesia por la que su Hijo dio su vida? ¿Cómo podemos amar y respetar a estos hermanos sin quebrantar nuestras creencias doctrinales, pero todavía mantener la unidad en la fe con ellos?